

La política y los días

Si hay acuerdos insólitos y contradictorios con los buenos modos de la democracia, la palma de ellos corresponde por derecho propio al «pacto de silencio» traído y ratificado por los miembros de la ponencia que prepara el borrador del proyecto de constitución.

Parece que conviene decir bien claro a los parlamentarios que no están por encima ni al margen del resto de sus conciudadanos. Y que la delegación política recibida por vía de las urnas no puede extralimitarse a la ocupación de la marcha de cuestiones tan básicas como la elaboración de los nuevos textos constitucionales. En las actividades parlamentarias, el secreto se justifica muy pocas veces y sólo por razones inequívocas de seguridad pública que no tendría sentido alegar en el asunto que nos ocupa.

El «pacto de silencio» no es, por tanto, sino un capricho —para ser exactos, un mal capricho— merecedor de enérgica y general censura.

Tampoco es suficiente con que el presidente de la ponencia informe, cada día, —si lo hace— de sus trabajos. Los ciudadanos tienen derecho a escuchar las opiniones y puntos de vista de los ponentes de distintos partidos. La constitución —como casi todo en el palacio de la Carrera de San Jerónimo— debe hacerse con luz y taquígrafos. ¿Para qué ocultar que en el pleno de la ponencia se producen debates que están todos los días en la calle? ¿Actuará también en secreto la comisión? ¿Y el pleno? Por favor, éste es un pueblo serio al que se le puede informar de todo.

Otro tema en el que también sería deseable la mayor claridad informativa es respecto a las conversaciones entre el Gobierno, los sindicatos y los empresarios. Un distinguido empresario, Rodríguez Sahagún, acaba de plantear que se traslade a los presupuestos del Estado un treinta por ciento de la financiación de la Seguridad Social, que hoy gravita en exceso sobre trabajadores y patronos. De acuerdo, con una salvedad: ¿en qué proporción se descargarían las contribuciones de trabajadores y empresarios?

La Confederación Patronal (CEOE) ha solicitado ocho actuaciones concretas, cara a la actual crisis económica. Algunas, como la citada respecto a la Seguridad Social son bien razonables. Otras suscitan recelo; por ejemplo, cuando piden «la flexibilidad de las plantillas», es inevita-

ble sospechar que se está reclamando la vieja receta antiinflacionaria del paro. Y cuando se habla de «evitar la acción de piquetes ilegales», lo que en sí mismo es irrefutable, se suscita la inquietud de que se estén pidiendo bases para sindicatos «amarillos». En fin, sea como fuere, cada parte tiene que plantear sus opciones. Por lo menos, hay que reconocer que los empresarios lo están haciendo con claridad y sin cerrar vías a los acuerdos.

Las centrales sindicales deben producirse con igual diaphanidad. Sabiendo de donde parte cada uno, es posible llegar a un terreno común. El séptimo punto de la propuesta patronal —recuperación de los niveles de productividad de las empresas— debiera ser compartido por todos. Cuando se sabotea el trabajo, no se sirve ningún interés progresista. De acuerdo con las huelgas; pero cuando no se está en huelga, hay que trabajar. En España, las cosas como son, la productividad es muy baja.

SEGURIDAD DEL MEDITERRANEO

Nuestro país tiene una voz decisiva en cuestiones mediterráneas. La presencia en La Moncloa del primer ministro de Malta, Dom Mintoff, es un reconocimiento explícito de esa realidad. El líder maltés viene promoviendo, desde hace años, la neutralización del Mediterráneo, habida cuenta de la importancia geopolítica y estratégica de este mar interior. Las entrevistas sostenidas ayer por Mintoff, con el presidente Suárez primero y con el vicepresidente para la Defensa, teniente general Gutiérrez Mellado, habrán versado, en buena parte, sobre este tema. Sin España, no es posible hacer planes respecto al Mediterráneo.

LA QUERRELLA SOCIALISTA

El regreso a España del anciano líder socialista Saborit uno de los cuatro miembros del comité de huelga de agosto de 1917, nada menos que sesenta años atrás, ha vuelto a poner sobre el tapete la querrela de la unidad socialista. El PSOE-histórico, desasistido en las urnas, no cesa en sus intentos de negociar la unidad. El PSOE-renovado, esto es, el pesoe a secas, insiste en la reincorporación de los militantes «históricos» sin otros trámites. En la calle se habla de la testarudez de los «históricos».

Guinea Ecuatorial

Va a cumplirse un año (20 de octubre de 1976) del levantamiento de la censura informativa, por iniciativa del Ministerio de Asuntos Exteriores, sobre Guinea Ecuatorial, establecida por la Presidencia del Gobierno el 30 de enero de 1971, precisamente en los momentos más cruciales de la vida política de la ex-colonia española. Bajo la nueva ley de permisividad informativa se van conociendo algunos de los misterios que rodearon tanto la descolonización como los posteriores conflictos entre el Gobierno de Francisco Macías y Madrid y la dictadura que aquel ha logrado establecer sobre la población guineana. Sin duda la oposición política al régimen despótico de Macías, domiciliada en su mayor parte en España, constituye la fuente fundamental de información sobre Guinea. Uno de sus líderes, Donato Ndongo, acaba de publicar en la editorial «Cambio 16» (Madrid, 1977) un estudio sobre el tema titulado «Historia y tragedia de Guinea Ecuatorial». Asimismo, la editorial «Cuadernos para el Diálogo» dedica el último número de su colección «Suplementos» al mismo problema con el título de «Guinea: de colonia a dictadura».

ETAPA COLONIAL

Las vinculaciones de Guinea Ecuatorial con España datan de 1777-78 cuando, por los Tratados de San Ildefonso y El Pardo, Portugal cedió a España las islas de Fernando Poo y Annobón a cambio de una parte del actual Uruguay. La colonización sin embargo no se llevó a cabo hasta mediados del siglo XIX, por obra de Nicolás de Manfue el primer gobernador) y

térola (1845), J. Chacón (1858; Manuel de Iradier (1874), quienes exploraron el territorio, estructuraron la administración colonial y delimitaron las fronteras del país. El sistema de colonización se basó en la administración directa del territorio desde Madrid a través de los gobernadores y en la orientación absoluta de la economía guineana hacia los intereses de la metrópoli. Primero se explotaron las grandes reservas de madera y de cacao en Río Muni y más tarde el café y las bananas en Fernando Poo. Toda la producción guineana era vendida a España y todas las importaciones procedían de España, con lo que se creaba un sistema de dependencia que resultaría fatal en el momento de la ruptura. La colonización de Guinea vino a ser, pues, un proceso conducido totalmente por el capitalismo metropolitano. El monopolio de las relaciones comerciales con Guinea favoreció enormemente a España durante la etapa de la autarquía (1945-58). Pese a los efectos originales de la colonización, orientada al enriquecimiento del capitalismo privado, Guinea llegó a figurar antes de su independencia entre las naciones africanas con una mayor renta per capita.

LA DESCOLONIZACION

El vendaval independentista que azotaba a África en la década de los años 60 no podía menos de afectar a Guinea. Se intentó salir al paso de los movimientos independentistas y de las exigencias de la ONU dividiendo la colonia en dos provincias (1959), al estilo de lo que hacían por entonces otras potencias coloniales, como Portugal y Francia. Sin embargo en 1963 las Cortes otorgaron una ley de autonomía para Guinea, aprobada en referéndum popular presidido por Bonifacio Ondo el 15.12.1963. La autonomía sin embargo no satisfacía a los grupos políticos autóctonos que iban surgiendo, transformados posteriormente en partidos: Movimiento de Unión Nacional de Guinea Ecuatorial (MUNGE), presidido por Bonifacio Ondo Edu; Movimiento Nacional de Liberación de Guinea Ecuatorial (IPGE), favorable a la unión con Camerún, además de otros varios de menor importancia como la Unión Fernandina de Jones Wilwardo, la Unión Rubi, la Unión Ndwe de Agustín Ineso, éstos últimos afincados en Fernando Poo. En 1968 la independencia resultaba ya inaplazable. Se constituyó en Madrid una conferencia constitucional que elaboró una constitución ciertamente progresista, pero que dejaba sin embargo intactos los intereses españoles en el golfo. Fue aprobada en referéndum el 28 de julio de 1968 y a continuación se procedió a preparar las elecciones presidenciales. Presidencia del Gobierno propiciaba la candidatura de Bonifacio Ondo (MUNGE), colaboracionista y moderado, mientras, al parecer, el Ministerio de Asuntos Exteriores apoyaba a Anastasio Ndongo (MONALIGE), que patrocinaba la independencia en un marco de colaboración cultural y económica con España. En medio apareció Francisco Macías que, estableciendo pactos con los Bubi y con Ndongo, logró vencer y proclamarse presidente de la República el 22 de septiembre de 1968. El 12 de oc-

tubre de 1968 fue proclamada la independencia de Guinea Ecuatorial, con la presencia de Fraga Iribarne, por entonces ministro de Información y Turismo. Al parecer, Presidencia del Gobierno había trabajado anteriormente para conseguir la secesión de Fernando Poo.

LA RUPTURA

Macías formó un gobierno de coalición con el MUNGE, MONALIGE, IPGE y la Unión Bubi. Pero pronto comenzaron los conflictos con España: exigió el cumplimiento de los programas de ayuda previamente concertados, expulsó al embajador Juan Durán y rechazó a su sustituto, Ignacio de Caso. Al mismo tiempo reforzó sus vinculaciones con las multinacionales (de aquí derivan las acusaciones contra García Trevijano, representante, al parecer, en España de algunas de ellas). La crisis se agravó con la muerte de Anastasio Ndongo, ministro de Exteriores de Guinea, el 4 de marzo de 1969, al regresar de una reunión de la OUA vía Madrid, donde parece que le había prometido ayuda para dar un golpe de estado contra Macías. No está claro si Ndongo se suicidó o le hicieron desaparecer los secuaces de Macías. B. Ondo, por su parte, se hallaba ya detenido y S. Ibondo también desapareció. De los 7.000 españoles residentes en Guinea por entonces, 5.560 abandonaron el país rápidamente amparados por un destacamento de la Guardia Civil estacionado allí y posteriormente desmantelado por la Guardia Nacional Guineana. El despotismo se apoderó del país, con la consiguiente represión y desmantelamiento de la vida política, mientras se deterioraban las relaciones con España.

La posterior trayectoria política de Macías ya es más conocida. En 1970 quedaron prohibidos los partidos políticos y se fundó el Partido Único Nacional de Trabajadores (PUNT). El 7 de mayo de 1971 Macías disolvió la Asamblea Nacional y el Consejo de la República; estableció la censura de prensa y abolió la autonomía de las dos provincias, concentrando todo el poder en sus manos y centralizándolo en Bata. El 14 de julio de 1972 proclamó una nueva constitución, que invistió a Macías de poderes absolutos (presidente vitalicio de la República, general de los Ejércitos, presidente del PUNT, etc.). Impuso el culto a la personalidad y puso en marcha la más dura dictadura de África, si se exceptúa la de Amín. La producción nacional disminuyó vertiginosamente y Guinea pasó a ocupar uno de los últimos lugares de África por su nivel de vida. Presidencia del Gobierno español decretó el 30 de enero de 1971 materia reservada el tema de Guinea. Las relaciones con la metrópoli mejoraron levemente con posterioridad. La represión interior, la falta de cohesión entre Río Muni y Fernando Poo, las apetencias anexionistas de Camerún, Nigeria y Gabón, así como los intereses de diversas potencias internacionales no permiten mirar con optimismo el futuro político de Guinea, un pequeño país cuyo proceso descolonizador puede calificarse como un ejemplo de contradicciones y desajustes.

Dámaso NEVARES

EL AUTOGRAFO ESPAÑOL

La bulimia hispana es tan voraz y tan agresiva, que nuestros compatriotas, desde antequisimamente, se comen a sí mismos, como se atormentaba el atormentador de sí mismo; pero, también, a sus semejantes. La anticaridad con el prójimo es la envidia, la antropofagia, que están invidentes y flacas según Quevedo, porque muerden, miran, no ven y no comen. El heroísmo histórico de Numancia, Sagunto, Simancas, Santa María de la Cabeza, el filipino fuerte de Balser con tropas españolas, las torres de las iglesias, ante los carlistas o los liberales, y aún el Alcázar, defendidas hasta la muerte, son suicidios colectivos, donde la vida acaba en un holo causto con panegírico y corona de laurel, árbol de hojas aromáticas para ciertos guisados y estofados de rechupete.

Acaso esta destrucción, este encarnizamiento hacia uno y los otros, no sea el privilegio de una casta eudocaimita, radicada en esta Península, sino que hay un invariable Saturno, un Cronos griego, dios de la cosecha y de la tierra, hijo de Urano y Gea, quien, crónicamente, sa turnalmente, devoraba a sus retoños, salvo a Zeus o el Júpiter latino, como hace con implacabilidad la guadaña del tiempo, hermanastro de las Parcas. Pero aquí esa autofagia y satisfacción de los mitos edípicos, cual represalia contra los parricidios paternos, es más feroz y más exigente y excluyente, so bremarera en las épocas donde andan sueltos los demones familiares y el individualismo endémico se convierte en más hirsuta y cantonal.

Un repaso de nuestra Historia pasada, actual y

todavía venidera, nos pa tentiza cuantísimos ejemplos de la furia aniquiladora, ya se busque en la Prehistoria y en la Antigüedad de las tribus y de los clanes, de las etnias y de las disglorias, enfrentadas y adversarias hasta cobrarse la última sangre del vecino, o del pueblo cercano, como perdura ahora dentro de las vengativas rencillas de cada camparano en su contorno, al que abate con desdenes y maléficis mates. El odio tribal, junto a la automoribundia de las personas más alegres, continúa emponzoñando y triturando el ámbito egolátrico y de la familia y de la Patria desunidas. Las dinastías han de ser de estirpe extranjera y en los equipos de fútbol, donde se manifiesta de un modo ostentoso y estentóricamente la discordia nihilista de la raza, se completan y ensalsan con jugadores de afuera.

Si en la Edad romana hubo disidencias y matanzas, los visigodos con su vanguardia de suevos, alanos y vándalos, vandalizaron el territorio y las relaciones humanas, aunque ya cristianizadas, con ánimo de nardo, según el verso de Don Antonio Machado, y venganzas cruentas y rencorosas, quienes se extenuaron en el reparo y asesinato, o más bien autofagia tradicional, pe ninsulares, desmembrando se en los minúsculos Reinos y en los Reyezuelos de Taifas, antecedente de los Cantones de 1873 y de las Nacionalidades y autonomías, que nos acechan.

Todo el período medieval, excepto en los monasterios y santuarios, como influjo de Francia, fue una impurísima masacre (pa labreja gabacha), de banderías y pandillajes, de inciviles luchas dinásticas y

de acomplejamiento bastardos, que solo terminó de momento cuando se impusieron con la Santa Hermandad, a comandos populares, los Católicos Reyes, Isabel y Fernando, que colgaron a los intriganes y altivos magnates. Sin que se concluyera el follón disolvente y fratricida; ya que pronto saltó y brotó la espita sangrienta de la Guerra de las Comunidades de las Germanías y de la rebelión de Portugal y Nápoles, Cataluña y Andalucía.

Durante los siglos de gran política diplomática y guerrera y de expansión y culturización de Hispanoamérica, pareció calmarse la sangría y la bilis interiores, aunque los chismes spalaciegos y los refunfundamientos pueblerinos, indicaban que en aquella etapa barroca, postridentaria otra procesión iba por dentro. Pero los conquistadores se destruían vivos, como puede leerse en los cronistas de Indias y, en los relatos de los protagonistas de la cizaña y de la contumelia, aún más exagerada por el revanchismo hebreo del Padre dominico (de la escuela subversiva sevillana) Fray Bartolomé de las Casas. Abundaron, pues, los ajustes de cuentas y la eliminación airada o taimada del rival.

A partir de la desvinculación de España a Europa y al Ultramar, proceso iniciado con la Dinastía sucesora de la Habsburguesa y preponderante tras las liberaciones de los libertadores expatriados y traídos a la matriz española. Se aceleró la crisis con la aparición iracunda de los partidos decimonónicos y de la centuria siguiente, hasta el umbral del Siglo XXI, que aparecen pléticos de desgajamientos y escisiones. El absolutismo

se hizo trizas, le imitaron los antagonistas moderados, con diversos disfraces, y el liberalismo supuso un impulso centrifugo, a base de disensiones y de disidencias, restallantes cuando Alfonso XIII quiso aprovecharlas en su provecho inútil.

Las dos Repúblicas fueron un paradigma agudo de este caos, exteriorizado mediante la Cruzada, más un reflejo de microcosmos de pasiones persecutoras. Ahora mismo, desde la llamada extrema derecha a la supuesta extrema izquierda, apenas controladas, por la Unión del Centro Democrático y por el P.S.O.E., abundan y pululan los hormigueros para disputarse la vanidad y el grano, los termitas que derumbarán el cuarteado edificio nacional, si no se logra un milagro muy milagroso. El marxismo está lleno de sectas y capillas, el anarquismo libertario, cenetista, confederal, está repleto de Fais y contra fairs, como ocurre con los residuos formales y contra puestos del nacional/sindicalismo de las JONS, auroleado por José Antonio Primo de Rivera y perdido por la gerontocracia. El viejo carlismo es un «muzzle» de apetitos, como los disintimientos correligionarios de la Socialdemocracia y la Democracia Cristiana; mientras que en la Alianza Popular se arrojaron algunos ex ministros de Franco, que se remiran de reojo, y el Centro, la superior minoría del Parlamento, es un con junto de propósitos y de ambiciones dispersas, recogidas y entonadas debajo del Poder. ¡Ojalá que este año de pésima cosecha vegetal y zoológica, no aummente el canibalismo de los españoles! (PYRESA)

JUAN APARICIO

÷ OPINION ÷